

# BAUTISTA REFORMADO S DEL PERÚ



# *Cartas de Andrew Fuller sobre Divinidad Sistemática*

---

A principios de 1814, el Sr. Fuller, en cumplimiento de la solicitud del Dr. John Ryland, comenzó una Serie de Cartas, con la intención de preparar una cada mes, hasta que haya pasado por un Cuerpo de Divinidad. Sin embargo, la mala salud y sus muchos compromisos apremiantes le impidieron cumplir puntualmente su diseño; y solo se completaron las siguientes nueve cartas cuando fue llamado a su recompensa.



## **CARTA I: IMPORTANCIA DE LA DIVINIDAD SISTEMÁTICA**

Mi querido hermano,

Respecto a su solicitud de una carta mensual, reconozco que he deseado durante varios años dar, hasta donde pude, *una visión conectada del evangelio*; pero hasta ahora he querido tener suficiente tiempo libre, o suficiente incentivo, para comenzar seriamente. La dificultad de dar a cada parte de la verdad Divina su debida importancia, y de colocarla en el sistema donde tendrá el mayor efecto, es tal que no tengo expectativas de hacerlo a mi entera satisfacción; pero estoy dispuesto a intentarlo. Que el Espíritu Santo de Dios conserve mi corazón y mi mente, para que no me engañen ni contribuya a engañar a los demás. Ore para que este sea el caso; y, cuando reciba mis cartas, haga comentarios gratuitos sobre ellas y déjeme verlas.

Antes de entrar en detalles, deseo obviar algunas objeciones al estudio de la divinidad *sistemática* y mostrar su importancia para una visión justa y ampliada del evangelio. Para este propósito, debo pedir permiso para presentar parte de un sermón, que imprimí hace casi dieciocho años, "Sobre la importancia de un conocimiento profundo e íntimo de la verdad divina".

## **CARTA II: IMPORTANCIA DE UN SISTEMA VERDADERO**

En mi último intento traté de mostrar la importancia del sistema: en esto intentaré mostrar la importancia de un sistema verdadero; y para probar que la verdad misma, al ser desplazada de esas conexiones que ocupa en las Escrituras, puede pervertirse y resultar perjudicial para quienes la sostienen. No se puede suponer que ningún sistema sea completamente erróneo; pero si una parte considerable de ella es falsa, todo se verá viciado, y lo que es cierto se despojará de su influencia saludable. "Si sois circuncidados", dijo el apóstol a los gálatas, "Cristo no os aprovechará de nada". Como una verdad, completamente embebida, conducirá a cien más, también lo hará un error. La falsa doctrina comerá como una gangrena que, aunque parezca estar confinada a una parte del cuerpo, infecta a toda la masa y, si no se extrae, debe emitir en la muerte.

Si uno ejerce la profesión del cristianismo sin creerlo cordialmente, no será fácil para él; su corazón no estará allí, y si, al mismo tiempo, vive en la indulgencia del vicio secreto, pronto sentirá que es necesario modelar de nuevo sus opiniones religiosas. Le degrada, incluso en su propia estima, ser un hipócrita, declarar una cosa y practicar otra. Para ser fácil, por lo tanto, se hace necesario para él tener un nuevo credo, para poder responder a los reproches de su conciencia, y pueden ser los de su conocido, asumiendo que *sus ideas cambian*. Él comienza dudando; y, por indulgencia criminal, borra de su mente todo sentido de la santidad de Dios, piensa en él solo con respecto a lo que llama su bondad, que espera lo induzca a confabularse con sus debilidades. Con pensamientos como estos, de Dios y del pecado, pronto se encontrará en posesión de un sistema. Un nuevo campo de pensamiento se abre en su mente, en el cual encuentra muy poca necesidad de Cristo, y se convierte, a sus propios ojos, en un ser de consecuencia. Tal o casi tal fue el proceso de

los que perecieron, "porque no recibieron el amor de la verdad para que pudieran ser salvos. Y por esta razón Dios les envió una falsa ilusión, para que creyeran una mentira: que todos podría ser condenado, quien no creyó la verdad, pero se complació en la injusticia ". Pero, pasando estos sistemas engañosos, la verdad misma, *Conexiones escriturales*, es viciado y perjudicial. Los miembros de nuestros cuerpos no son beneficiosos, sino que ocupan los lugares en los que el Creador los ha fijado. Si el pie estuviera en el lugar de la mano, o la oreja del ojo, en lugar de ser útiles, cada uno sería perjudicial; y lo mismo es cierto para una visión absurda de las doctrinas de las Escrituras. Los judíos, en la época de nuestro Salvador, profesaron el mismo credo, en general, que sus antepasados; se creyeron creer a Moisés; pero, sosteniendo con Moisés a la exclusión de Cristo, su fe quedó vacía. "Si creyeras en Moisés", dijo nuestro Señor, "me creerías, porque él escribió de mí". Por lo tanto, está con nosotros: si consideramos que la ley de Moisés excluye a Cristo, o cualquier otra cosa que no sea subordinada al evangelio, o Cristo y el evangelio a la exclusión de la ley de Moisés.

Para ilustrar y confirmar estas observaciones, seleccionaré, por ejemplo, tres de las principales doctrinas del evangelio; a saber, la *elección*, la *expiación* y la *influencia del Espíritu Santo*.

Si la doctrina de la elección se ve en esas conexiones en las que se encuentra en las Escrituras, será de gran importancia en la vida cristiana saber toda la diferencia entre los salvados atribuidos a la gracia soberana y los perdidos, el orgullo del hombre se humilla: al creyente se le enseña a sentir y reconocer que por la gracia de Dios él es lo que es; y el pecador para solicitar la misericordia, no como estar en términos con su Hacedor, sino absolutamente a su discreción. Con frecuencia es el último punto que un pecador cede a Dios. Renunciar a cada reclamo y fundamento de esperanza de sus propios buenos esfuerzos, y caer a los pies de la misericordia soberana, requiere que nazca de Dios. Si consideramos este gran tema en su relación con los demás, no necesito decir que no lo consideraremos fundado en algo bueno *previsto* en nosotros, ya sea fe o buenas obras: esto excluiría la idea de una elección *de gracia*; y admitir, sino establecer, alardear. Tampoco debemos mirar al final de tal manera que perdamos de vista los *medios*. Lo consideraremos al hacer otras citas divinas, no como se nos revela como una regla de conducta, sino para enseñarnos nuestra dependencia total de Dios. Se nos da a creer que, sea cual sea el bien o el mal que nos suceda, estamos *designados para ello*., 1 Ts. 3:3. El tiempo de nuestra continuación en el mundo es tanto un objeto de propósito Divino como nuestro destino eterno: pero no imaginamos, por este motivo, que viviremos, aunque no comamos ni bebamos; ni supongamos que, aunque saltemos precipitadamente de un precipicio no nos caerá ningún peligro. Tampoco nos impide exhortar o persuadir a otros para que sigan el camino de la seguridad y huyan del peligro. En estas cosas actuamos de la misma manera como si no hubiera citas divinas, o como si no creyéramos nada acerca de ellas; pero cuando hemos hecho todo lo que se puede hacer, el sentimiento de una Providencia dispuesta a todo vuelve a la mente y nos enseña que todavía estamos en las manos de Dios. Tales fueron los puntos de vista de los hombres buenos, como se registra en las Escrituras. Creían que los días del hombre eran *designados*, y que no podía *pasar sus límites*; sin embargo, en tiempos de hambruna, el patriarca Jacob envió a Egipto a comprar maíz, "para que pudieran vivir y no morir". Eliseo sabía con certeza que

Benhadad moriría; sin embargo, al hablar de él con respecto a su enfermedad, no tuvo escrúpulos para decir: "Puede recuperarse". El Señor le aseguró a Pablo, en su peligroso viaje, que "no debería haber pérdida de la vida de ningún hombre"; sin embargo, cuando vio que los hombres del barco escapaban, le dijo al centurión: "Excepto que estos permanezcan en el barco, no podrán ser salvados".

Una mente carnal puede preguntar: "¿Cómo pueden ser estas cosas?" ¿Cómo puede la predestinación divina concordar con la agencia humana y la responsabilidad? Pero un cristiano verdaderamente humilde, que encuentra ambos en su Biblia, creará en ambos, aunque es posible que no pueda comprender completamente su consistencia; y en él encontrará un motivo para depender completamente de Dios, y en el otro una precaución contra la pereza y la negligencia presuntuosa del deber. Y así, un ministro cristiano, si ve la doctrina en sus conexiones apropiadas, no encontrará nada en ella que impida el uso gratuito de advertencias, invitaciones y persuasiones, ya sea para los convertidos o los no convertidos. Sin embargo, no basará sus esperanzas de éxito en la flexibilidad de la mente humana, sino en la gracia prometida de Dios, quien mientras profetiza a los huesos secos, Así fue que el apóstol, mientras que, en los capítulos noveno, décimo y undécimo de su Epístola a los romanos, rastrea la soberanía de Dios al llamar a algunos de entre los judíos y dejar que otros perezcan en incredulidad, nunca pensó en excusarse esa incredulidad, ni sintió ningún escrúpulo al exhortar y advertir a los sujetos de ella, ni al rezar por su salvación. Incluso en su predicación a los gentiles, los vigilaba, si de alguna manera podía provocar la emulación de aquellos que eran su carne, y podría salvar a algunos de ellos.

Pero cualquiera que sea esta doctrina en sí misma, sin embargo, si se ve fuera de sus conexiones, o en conexiones que no le pertenecen, se convertirá en otra cosa. La elección de Dios de la posteridad de Abraham fue de favor soberano, y no debido a ninguna excelencia en ellos, natural o moral; desde ese punto de vista fue humillante, y sin duda tuvo un buen efecto en los israelitas piadosos. Pero los judíos en la época de nuestro Salvador convirtieron esta elección nacional en otro tipo de doctrina, llena de adulación hacia ellos mismos y del desprecio y la maldad más intolerables hacia los demás. Y así, la doctrina de la elección eterna y personal vista de manera similar se convierte en una fuente de orgullo, amargura, pereza y presunción. Concebir el amor de Dios como cariño caprichoso; imagínense, porque no tenía el incentivo de la bondad de la criatura, que por lo tanto no tenía razón, solo así era y así debe ser: véalo,

Si la doctrina de la *expiación* se ve en las conexiones en que se encuentra en las Sagradas Escrituras, es la sangre del sistema del evangelio. Considérelo como un método ideado por la sabiduría infinita de Dios, por el cual él podría honrar su propio nombre al dispensar misericordia a los indignos de una manera consistente con la justicia, y seremos provistos de las consideraciones más humillantes y transportadoras que fueron alguna vez presentado a la mente de una criatura.

Pero hay formas de ver esta doctrina que la hará nula, e incluso peor que nula. Si, por ejemplo, en lugar de conectarlo con la Divinidad de Cristo, atribuimos su eficacia al nombramiento divino, el nombre puede permanecer, pero eso será todo. Según este principio, era posible que la sangre de toros y de cabras hubiera quitado el pecado, y que

la copa hubiera pasado del Salvador sin que él la bebiera. Como en este principio no habría necesidad de la muerte de Cristo, tampoco podría haber un gran amor desplegado por él; y en cuanto a su influencia restrictiva, no necesitamos buscarla.

O si la expiación se considera como una *reparación para el hombre* por la lesión que le causó al estar conectado con sus primeros padres, se anula. Cualquiera que sea el mal que derivemos de nuestros primeros padres, mientras nosotros mismos lo elijamos, no estamos más heridos que si lo derivamos de nuestros padres inmediatos; y no tendrá más que suplicar en la última sentencia, que un ladrón, en un tribunal terrenal, alegará que su padre había sido un ladrón antes que él. Argumentar, por lo tanto, como algunos lo han hecho, que, si Cristo no hubiera venido al mundo y nos hubiera dado gracia, a fin de eliminar la incapacidad para hacer el bien bajo el cual yacemos como descendientes de Adán, no deberíamos haber sido culpables de no hacerlo es dar gracia no más gracia, y la expiación es una satisfacción para el hombre más que para Dios. Si el hombre no hubiera sido culpable sin el don de Cristo y una provisión de gracia, o si la doctrina de la expiación nos lleva a considerar *nociones degradantes del amor de Dios*, o alegar una *exención de su autoridad preceptiva*, podemos estar seguros de que no es la doctrina bíblica de la reconciliación. La expiación tiene respeto a la justicia, y la justicia a la ley, o la voluntad revelada del soberano, que ha sido violada, y su propio diseño es reparar su honor. Si la ley que se ha transgredido fuera injusta, en lugar de exigir una expiación por su incumplimiento, debería haber sido derogada, y el legislador habría asumido la desgracia de haberla promulgado. Cada instancia de castigo entre los hombres es una especie de expiación a la justicia del país, cuyo diseño es restaurar la autoridad del buen gobierno, que la transgresión ha perjudicado. Pero si la ley en sí misma es mala, o la pena es demasiado severa, cada sacrificio que se le haga debe ser una instancia de crueldad. Y si un príncipe de la realeza de sangre, en compasión con los delincuentes, se ofreciera a sufrir en su lugar, con el propósito de expiación, cualquier amor que pudiera descubrir de su parte, todavía era una mayor crueldad aceptar la oferta, aunque él podría sobrevivir a sus sufrimientos. La voz pública sería, No hay necesidad de ninguna expiación; no hará honor, sino deshonor, a la legislatura: y llamar a la liberación de los condenados un acto de gracia es agregar insulto a la lesión. La ley no debería haberse promulgado y, ahora que se promulgó, debe derogarse de inmediato. Es fácil ver, por lo tanto, que, en proporción a la depreciación de la ley, el evangelio se socava, y tanto la gracia como la expiación quedan sin efecto. Es la ley como *abusado*, o convertido en *una forma de vida* en oposición al evangelio, (por el cual nunca se le dio a una criatura caída), que las Sagradas Escrituras lo desprecian; y no como la voluntad revelada de Dios, el estándar inmutable de lo correcto y lo incorrecto. Desde este punto de vista, el apóstol se deleitaba en ello; y si somos cristianos, nos deleitaremos en él también, y no objetaremos estar bajo él como una regla de deber; porque ningún hombre se opone a las leyes que ama.

Finalmente, si la doctrina de *la influencia divina* se considera en sus conexiones bíblicas, será de importancia esencial en la vida cristiana; pero si se pierden de vista, se volverán perjudiciales.

Por no hablar de *una influencia extraordinaria*, concibo que existe lo que se puede llamar una influencia indirecta del Espíritu Santo. El Espíritu Santo, habiendo inspirado a los



profetas y apóstoles, testificó *en y por ellos*, y a menudo sin efecto. "Muchos años los soportaste, y testificaste contra ellos, por tu Espíritu, en tus profetas, pero no quisieron escuchar". Los mensajes de los profetas dictados por el Espíritu Santo, la resistencia de ellos era resistencia de él. Fue de esta manera, creo, que el Espíritu de Dios *luchó* con los antediluvianos, y que se dice que los no creyentes *siempre han resistido al Espíritu Santo*. Pero la influencia divina a la que me refiero es aquella por la cual los pecadores son renovados y santificados; acerca de qué dos cosas deben tenerse en cuenta.

Primero, *concuerta con la Escritura*. ¿Es obra del Espíritu Santo, por ejemplo, iluminar la mente o guiarnos a la verdad? Para probar si lo que consideramos luz es el efecto de la enseñanza Divina, o solo un producto de nuestra propia imaginación, debemos llevarlo a la palabra escrita. "A la ley y al testimonio: si no hablan de acuerdo con esta palabra, es porque no hay luz en ellos". El Espíritu Santo no enseña nada más que lo que es verdad, y lo que era cierto antecedente a su enseñanza, y habría sido verdad, aunque nunca nos lo hubieran enseñado. Tales son la gloria del carácter Divino, la pecaminosidad extrema del pecado, nuestra propia condición de culpabilidad y pérdida como pecadores, y la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. La prueba de la iluminación divina, por lo tanto, es si aquello en lo que nos concebimos para ser iluminados sea parte de la verdad Divina como se revela en las Escrituras. Además, ¿es obra del Espíritu Santo guiarnos en los "camino de la justicia"? Esto también debe ser probado por la palabra escrita. El Espíritu Santo nos lleva a nada más que a lo que es correcto antecedente a que seamos conducidos a él, y que habría sido así, aunque nunca nos hubiéramos llevado a él. El que nos enseña a sacar provecho nos guía "por cierto que debemos ir". Los caminos en los que nos guía por amor de su nombre son *los de la justicia*. Tales son los del arrepentimiento por el pecado, la fe en Cristo, el amor a Dios y a los demás, y todas las especies de obediencia cristiana. Una prueba, por lo tanto, de ser guiados por el Espíritu de Dios, en cualquier forma en que caminemos, es si es parte de la voluntad de Dios como se revela en las Escrituras. Como el Espíritu Santo no nos enseña nada más que lo que antes era cierto, así nos lleva a nada más que lo que antes era deber.

En segundo lugar, la influencia divina no solo concuerda con las Sagradas Escrituras, sino que requiere ser *introducida en aquellas conexiones en las que las Escrituras la introducen*. Lo hemos escuchado descrito como si fuera un *talento*, cuyo uso o abuso podría generar nuestra salvación o aumentar nuestra culpa. Esto es cierto para las *oportunidades* y los *medios de gracia*, o de lo que se describió anteriormente como la influencia *indirecta* del Espíritu Santo; pero no de su *especial* influencia. Las cosas hechas para la viña del Señor, sobre las cuales pregunta: "¿Qué más podría haber hecho?" incluir el primero, y no el último. Las poderosas obras realizadas en Chorazin, Betsaida y Capernaum se relacionan, no con las influencias especiales del Espíritu en sus mentes, sino con los milagros realizados ante sus ojos, acompañados como lo fueron por la doctrina celestial. No recuerdo una instancia en las Sagradas Escrituras en la que las influencias *renovadoras* y *santificadoras* del Espíritu estén representadas de este modo. La influencia divina se ha introducido como una excusa para el pecado cometido previamente a que seamos el sujeto del mismo, como si fuera necesario porque cualquier cosa verdaderamente buena sea *hecha por nosotros*, por lo tanto, debe ser necesario para su existencia *requerido de nosotros*. Pero si es así, no habría habido quejas de Simón el

fariseo por su falta de amor a Cristo; ni de incrédulos en el juicio final por la misma cosa; ni Pablo habría llevado consigo una sensación tan humillante de su pecado al perseguir a la iglesia de Dios, sin creerlo, como para considerarse el jefe de los pecadores a causa de ello. La falta de influencia divina se ha introducido como una disculpa por negligencia y pereza en la vida cristiana. ¿Qué más quieren decir los hombres cuando hablan de este y el otro deber como "no obligarlos más que cuando el Señor les permita cumplirlo?" Si es así, no tenemos pecado que confesar por "no hacer lo que deberíamos haber hecho"; porque hasta donde el Señor nos permita cumplir con nuestras obligaciones, las cumplimos.

Finalmente, a menudo hemos escuchado esta doctrina introducida en el púlpito de tal manera que debilita la fuerza de lo que se ha dicho previamente en nombre de Dios y la justicia. Cuando las Sagradas Escrituras hablan de la causa del bien, atribuyen todo al Espíritu Santo de Dios. Los escritores parecen no tener miedo de ir demasiado lejos. Y es lo mismo con ellos cuando exhortan, advierten o exponen; no descubren ninguna aprensión de ir tan lejos como para anular la gracia de Dios. En todos sus escritos, uno nunca parece interponerse en el camino del otro; a cada uno se le permite su alcance completo, sin ninguna sospecha aparente de inconsistencia entre ellos. ¿Pero es así con nosotros? Si uno se atreve a exhortar a los pecadores en las palabras de las Escrituras, a "arrepentirse y creer en el evangelio", en este momento se siente en un terreno tierno; y si no retrocede, sin embargo, debe calificar sus palabras, ¿o se sospechará que no cree en la obra del Espíritu! Para evitar esto, debe presentarlo, aunque solo sea para embotar el borde de su exhortación: "Arrepiéntete y cree en el evangelio que conozco, de hecho, no puedes hacer esto por ti mismo; pero puedes orar para que el Espíritu Santo te permita para hacerlo."

Es correcto orar por el Espíritu Santo, así como por todo lo que necesitamos, y exhortar a otros a hacerlo; y puede ser una de las primeras peticiones de una mente que vuelve al bien: "Convírteme, y seré convertido:" pero presentarla en *lugar de arrepentirse y creer*, y como algo que un pecador puede hacer, aunque no puede hacer lo otro, es erróneo y peligroso.

### **CARTA III: PLAN PROPUESTO PARA SER PERSEGUIDO**

DESEO, en esta carta, establecer el principio y las líneas generales de lo que intentaré. Al observar a diferentes escritores sistemáticos, percibo que han tomado diferentes métodos de disposición. El mayor número procede en el plan analítico, comenzando con el ser y los atributos de Dios, la creación del mundo, el gobierno moral, la caída de los ángeles y el hombre, y así proceden a la redención de Jesucristo, y los beneficios y obligaciones resultantes de eso. Un eminente divino, ya sabes, ha tratado el tema históricamente, rastreando el desarrollo gradual de la verdad divina tal como realmente tuvo lugar en el orden del tiempo. \* \* Estos diferentes métodos tienen cada uno sus ventajas; pero durante algún tiempo me pareció que la mayoría de ellos también tienen sus desventajas; tanto como para convertir la verdad, en una forma sistemática, casi sin interés.



No sé cómo puede probarse en el juicio, pero deseo comenzar con el centro del cristianismo, *la doctrina de la cruz*, y trabajar en torno a ella; o con lo que se puede llamar el corazón del cristianismo, y rastrearlo a través de sus venas o relaciones principales, tanto en la doctrina como en la práctica. Si el cristianismo no hubiera sido comprendido en esta doctrina, el apóstol, que evitó no declarar todo el consejo de Dios, no podría haber decidido no saber nada más en su ministerio. Todo el sistema cristiano parece *presuponerse, incluirse en él o surgir de él*: si, por lo tanto, escribo algo, será sobre este principio. A su favor, se pueden alegar las siguientes cosas:

Primero, concuerda con la verdad. Se dice que todas las cosas fueron creadas no solo por Cristo, sino por él. Todas las cosas en la creación, por lo tanto, se vuelven subordinadas a su gloria como Redentor; y, estando así conectados, requieren ser vistos así, para ser vistos con ventaja.

En segundo lugar, al ver todas las verdades y deberes divinos en relación con un gran objeto, como tantas líneas que se encuentran en un centro, se imparte al sujeto un carácter de unidad que de otro modo no poseería, y que parece pertenecer a la idea de un sistema. Un sistema, si lo entiendo, es un todo, compuesto de varias partes, tan combinadas y organizadas para mostrar sus conexiones y dependencias adecuadas, y para exhibir cada verdad y cada deber de la mejor manera. La unidad de un número en un gran objeto, y formando un todo, le da interés al sujeto que de otro modo no poseería. Es interesante, sin duda, ver las obras de la naturaleza girando alrededor del sol como su centro; pero ver la naturaleza y la providencia como centradas en la gloria del Redentor es mucho más interesante.

En tercer lugar, el objeto en el que todas las partes del sistema están unidas siendo CRISTO debe tender a arrojar un sabor dulce en general. A menudo tenemos que escuchar el epíteto *seco* aplicado a las doctrinas del evangelio, especialmente cuando se trata sistemáticamente; pero esto debe haber surgido de las fallas o defectos del sistema, o de la manera poco interesante de tratarlo, o de un defecto en el oyente o lector. La doctrina del evangelio, si se imparte en su genuina simplicidad y se recibe con fe y amor, "cae como la lluvia y se destila como el rocío sobre la tierna hierba". Es posible que no pueda impartirlo: pero, lo haga o no, puede hacerse; y en la medida en que yo o cualquier otro falle, dejemos que la culpa nos sea imputada a nosotros, y no a la doctrina de Dios nuestro Salvador.

Cuarto, existe una ventaja singular al estudiar otras verdades a través de este medio. Podríamos saber algo de Dios y de nosotros mismos a través de la ley divina; y es necesario para algunos propósitos entender este tema como algo distinto del evangelio. Pero un sentido de la santidad y la justicia de Dios, en contraste con nuestra depravación y culpa, podría ser más de lo que podríamos soportar. Ver estos grandes temas, por otro lado, a través de la cruz de Cristo, es ver la enfermedad a través del remedio, y nunca desear un antídoto para la desesperación.

Con la idea de que toda verdad divina tiene una relación íntima con Cristo, concuerda con esa frase notable en Ef. 4:21, "La verdad como es en Jesús". Creer la verdad acerca de Jesús es creer toda la doctrina de las Escrituras. Por lo tanto, es que, en todos los breves

resúmenes de la doctrina cristiana, la persona y la obra de Cristo son prominentes. Tales son los siguientes: "Hermanos, les declaro el evangelio que les prediqué, el cual también recibieron, y en el cual están de pie; por el cual también son salvos, si guardan en memoria lo que les prediqué, a menos que habéis creído en vano. Porque os entregué, entre los primeros principios, lo que también recibí, cómo Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras. "Grande es el misterio de la piedad, Dios se manifestó en la carne, justificado en el Espíritu, visto de ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en la gloria. Este es un dicho fiel, y digno de toda aceptación, de que Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el principal. Este es el registro, que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. El que cree que Jesús es el Cristo, es nacido de Dios. "¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?" Totalmente consciente de que este eslabón de oro traería consigo toda la cadena de la verdad evangélica, los escritores sagrados parecen tener cuidado para nada en comparación con Es sobre esta base que la fe en Cristo se representa como esencial para la vida espiritual: ver Juan 6:53-56 "Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él." Podemos ser cristianos por educación, podemos estar bien versados en el cristianismo como ciencia, podemos conversar, predicar y escribir, en defensa de ello, pero si Cristo crucificado no es para nosotros lo que es comida para los hambrientos, y bebida para los sedientos, estamos muertos mientras vivimos. Es por este motivo que el error relacionado con la persona y la obra de Cristo es de tanta importancia como con frecuencia convertirse en la muerte de la fiesta. Podemos equivocarnos en otros temas y sobrevivir, aunque sea en un estado mutilado; pero errar en esto es contraer una enfermedad en los signos vitales, cuyo efecto ordinario es la muerte. Cuando Pedro le confesó que era el Hijo del Dios viviente, Jesús respondió: "Sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella". Sobre este principio, como fundamento, el cristianismo descansa; y es notable que, hasta el día de hoy, la desviación con respecto a la persona y la obra de Cristo sea seguida por una negligencia de casi cualquier otra doctrina evangélica y del espíritu del cristianismo. ¿Cómo debería ser de otra manera? Si se quitan los cimientos, el edificio debe caerse.

¿Qué es lo que se denomina *el gran misterio de la piedad*? ¿No es que "¿Dios se manifestó en la carne, justificado en el Espíritu, visto de ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido en la gloria?" Es esto lo que el apóstol Juan introduce al comienzo de su evangelio bajo el nombre de "la Palabra": "La Palabra estaba con Dios y era Dios; por quien todas las cosas fueron hechas, y quién fue hecho carne, y habitó entre nosotros." \* Es en esto en lo que él se detiene al presentar su Primera Epístola: " Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo". 1 Juan 1:1-3

Cristo se describe aquí,

1. En cuanto a lo que era en su estado preencarnado; a saber, como lo que fue desde el principio, la palabra de vida, y esa vida eterna que estaba con el Padre.
2. En cuanto a lo que se convirtió por su encarnación: estaba tan manifestado que sus discípulos podían verlo, mirarlo y manejarlo; y así estar calificado para dar testimonio de él, y para mostrar a otros que la vida eterna que estaba con el Padre.
3. Como haber abierto un camino en el que los que creían en él fueron admitidos a la comunión con Dios y con él, y se les encargó invitar a otros a participar con ellos. Durante mucho tiempo he considerado este pasaje como una prueba decisiva de la Divinidad de Cristo, y como un resumen del evangelio.

#### **CARTA IV: SOBRE EL SER DE DIOS**

Habiendo tratado en las cartas anteriores de mostrar la importancia del sistema, y de que ese sistema es el verdadero, y propuso el plan de lo que puedo comunicar, ahora procederé a ejecutarlo tan bien como pueda. En la última carta se afirmaba, con respecto a la doctrina de la cruz, que todo lo relacionado con el cristianismo era *presupuesto por él, incluido en él o surgido de él*. Esta triple distribución formará las tres partes en las que se dividirá lo que escribo. Bajo los primeros principios, a saber, *presupuestos* por la doctrina de la cruz, comienzo con *el ser de Dios.*, a qué principio fundamental se dedicará esta carta. Dios es la primera causa y el último fin de todas las cosas. "De él, y a través de él, y para él son todas las cosas; a él sea gloria para siempre. Amén". Empezar a demostrar su existencia parece ser casi tan innecesario como probar la nuestra. Las Escrituras al principio lo dan por sentado; y el que lo cuestiona no es tanto con lo que razonó como para ser reprendido. Su error pertenece al corazón más que a la comprensión. Sus dudas se ven afectadas o surgen de un deseo de liberarse de la idea de la responsabilidad. Las cosas que se ven en la creación visible contienen una manifestación tan clara de las cosas que no se ven, incluso de su poder eterno y divinidad, como para dejar a los ateos e idólatras "sin excusa", (Ro. 1:20)

Todo razonamiento debe proceder sobre algunos principios reconocidos; ¿Y qué puede merecer ser considerado más que nuestra propia existencia y la de la gran Primera Causa? Hay verdades entre los hombres que es indecoroso intentar probar. Discutir la cuestión de si un padre debe ser reconocido y obedecido por sus hijos, cualquiera que sea la prueba que se alegue, tenderá a agitar un tema que debe estar en reposo. Me pregunto si la argumentación a favor de la existencia de Dios no ha hecho más escépticos que los creyentes. Un experto en Orissa, al no poder ver a Dios, le exigió a un misionero una prueba de su existencia. Se le preguntó, en respuesta, si podía ver su propia alma; y si tenía alguna duda sobre su posesión. "Ciertamente no", dijo el experto. "Tal", dijo el misionero, "es el Dios viviente;

En las primeras épocas del mundo parece haber una persuasión mucho más fuerte de la interposición divina en los asuntos humanos de lo que generalmente prevalece en nuestros tiempos. Incluso los paganos, cuyos dioses eran vanidad, confiaban en ellos. En todas sus

guerras, no solo consultaron con sus sabios, sino que consultaron sus oráculos. Rollin, de Jenofonte, lo sostiene como una de las grandes virtudes de Ciro de que respetaba a los dioses. "A la vista de todo su ejército", dice él, "menciona a los dioses, les ofrece sacrificios y libaciones, se dirige a ellos por medio de la oración y la invocación, e implora su ayuda y protección. Qué lástima, entonces, y un reproche, sería para un oficial o general cristiano, si, en un día de batalla, se sonrojara para parecer tan religioso y devoto como un príncipe pagano; *según su mente*; pero, con el Dios verdadero, *las disposiciones de la mayor parte de la humanidad están en perfecta variación*. Los verdaderos cristianos todavía lo reconocen en todas sus formas, y él dirige sus caminos; pero simplemente los cristianos nominales, que tienen *un Dios que no está de acuerdo con sus mentes*, piensan muy poco de él, se sienten avergonzados de poseerlo y, por lo tanto, se hunden en el ateísmo práctico. Para saber que hay Dios es necesario, de hecho, para la verdadera religión; pero si nos detenemos allí, será inútil. ¿Qué es el *ser supremo* de los incrédulos modernos? ¿Y de qué cuenta es su conocimiento de él? Como autor de la maquinaria del universo, es admirado y magnificado de tal manera que lo deja debajo de él para interferir con los asuntos de los mortales, o para pedirles cuentas.

El verdadero conocimiento de Dios es menos especulativo que práctico. Es notable con qué profunda reverencia hablan los escritores inspirados de Dios. Moisés, cuando relató su aparición en el monte, no intentó explicar su nombre, sino que lo comunicó con las palabras que escuchó. "Y Moisés dijo a Dios: He aquí, cuando vengo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a ustedes, y me dirán: ¿Cómo se llama? ¿Qué haré? dígalos? Y Dios dijo a Moisés: *Yo soy el que soy*, y él dijo: Así dirás a los hijos de Israel: *Yo me he* enviado a ti. Este sublime el lenguaje sugiere no solo su autoexistencia, sino también su incomprendibilidad. Está más allá de los poderes de una criatura incluso aprender lo que es y para regular nuestras expresiones de ellos; pero cuando lo hemos hecho, no vemos las cosas en sí mismas, no las conocemos; creer y admirar es todo lo que podemos lograr. Profesamos, como se nos enseña, que Dios es infinito, omnipotente, eterno; y sabemos qué disputas y nociones hay sobre la omnipresencia, la inmensidad, el infinito y la eternidad. Tenemos, digo, palabras y nociones sobre estas cosas; pero en cuanto a las cosas mismas, ¿qué sabemos? ¿Qué comprendemos de ellos? ¿Puede la mente del hombre hacer algo más que tragarse en un abismo infinito, que es como nada? ¿entregarse a lo que no puede concebir, mucho menos expresar? ¿No es nuestra comprensión brutal en la contemplación de tales cosas? y es como si no lo fuera? Sí, la perfección de nuestro entendimiento es no entender y descansar allí: no son más que las partes traseras de la eternidad y el infinito que podemos vislumbrar. ¿Qué diré de la Trinidad, o la subsistencia de personas distintas en la misma esencia individual? un misterio que muchos negaron, porque ninguno entendió; Un misterio cuya letra es misteriosa. "¡Qué poca porción se sabe de él!"

En las Epístolas de Pablo hay varios casos en los que, después de mencionar el nombre de DIOS, se detiene para rendirle adoración. Así, cuando describe la deshonra que se le impone al adorar y servir a la criatura más que al Creador, hace una pausa y agrega: "¿Quién es bendecido para siempre? ¡Amén!" Así también, hablando de Cristo como "entregándose a sí mismo para librarnos de este mundo malvado presente, de acuerdo con la voluntad de *Dios y de nuestro Padre*", agrega, "A él sea la gloria por los siglos de los

siglos. ¡Amén!" Y así, cuando ha hablado de la gracia excesivamente abundante mostrada a sí mismo como el jefe de los pecadores, agrega: "Ahora al Rey eterno; inmortal, invisible, el único Dios sabio, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. ¡Amén!"

Es el nombre de Dios que da autoridad, importancia y gloria a cada persona o cosa con la que está conectado. La gloria del hombre, por encima del resto de las criaturas, consistía en esto: "Dios creó al hombre a su propia imagen; a imagen de Dios lo creó a él". Esto, y no solo el bienestar del hombre, es la razón por la cual el asesinato debe ser castigado con la muerte. "El que derrama la sangre del hombre, por el hombre será derramada su sangre; *porque a imagen de Dios hizo al hombre*". Esta es la gran sanción a los preceptos y *amenazas* de la ley: "Para que puedas temer ese nombre temible, *el Señor tu Dios*" En esto consiste la gran maldad del pecado; y de ese pecado especialmente que se comete inmediatamente contra Dios". Por lo tanto, debes saber y ver que es algo malo y amargo que hayas abandonado *al Señor tu Dios, y que mi temor no está en ti, dice el Señor de los ejércitos*. Si un hombre peca contra otro, el juez lo juzgará; pero si un hombre peca contra el *Señor*, ¿quién suplicará por él? "El pecado de los hombres de Sodoma, aunque había llegado al cielo, aún no se completó hasta perseveraron en ella, cuando fueron golpeados por Dios con ceguera. Faraón y los egipcios habían oprimido gravemente a Israel; pero fue perseverando en sus pecados a pesar de los juicios de Dios, y presumiendo seguir a su pueblo al mar, que trajeron sobre sí la destrucción. De esta naturaleza fue la desobediencia de Saúl, la jactancia de Senaquerib y Rabsaces, el orgullo de Nabucodonosor, la profanación de los vasos sagrados por parte de Belsasar, y el encierro de Juan en prisión por parte de Herodes. Cada uno de estos hombres había hecho mucho mal antes; pero, al enfrentarse directamente a DIOS, sellaron su destino. Es bajo este principio que la idolatría y la blasfemia fueron castigadas con la muerte bajo la teocracia, y que, bajo el evangelio, la incredulidad y la apostasía están amenazadas de condenación.

DIOS se manifestó en la creación, al dar leyes a sus criaturas, en el gobierno providencial del mundo y de otras maneras; pero todo esto lo exhibió solo en parte: es en el evangelio de salvación, a través de su querido Hijo, que aparece todo su carácter; para que, desde lo invisible, en cierto sentido se vuelva visible. "Nadie había visto a Dios en ningún momento; pero el Hijo unigénito, que habita en el seno del Padre, lo declaró". ¿Qué es lo que los creyentes ven en el evangelio cuando sus mentes están espiritualmente iluminadas? Es "la gloria de Dios, en la faz de Jesucristo". Lo que sea visible en un objeto se llama *cara*. Así hablamos de la faz de los cielos, de la tierra y del mar; y en cada uno de estos se ve la gloria de Dios; pero en la faz de Jesucristo, es decir, en lo que nos ha sido manifestado por su encarnación, vida, predicación, milagros, sufrimientos, resurrección y ascensión, la gloria de Dios se ve en un grado que nunca se ha visto antes. El apóstol, cuando habla de Dios en relación con el evangelio, usa el epíteto "bendecido" con singular propiedad: "Según el glorioso evangelio del Dios bendito". El evangelio es la gran emanación de la fuente de la bendición, un desbordamiento de la bondad divina. Es el Dios infinitamente feliz, derramando su felicidad sobre los miserables pecadores, a través de Jesucristo. El resultado es que, como Dios es el Gran Supremo, él debe en todas las cosas ocupar el lugar supremo. Por lo tanto, su ley nos exige amarlo primero y luego amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos; y así se celebra la venida de Cristo, primero como "dar gloria a Dios en las alturas", y luego "paz en la tierra y buena voluntad para los hombres".



## **CARTA V: SOBRE LA NECESIDAD DE UNA DIVINA REVELACIÓN**

Sería inapropiado, concibo, descansar el ser de Dios en el testimonio de las Escrituras; ver todo el peso de ese testimonio debe depender de la suposición de que él es, y que las Sagradas Escrituras fueron escritas por hombres santos inspirados por él. Por lo tanto, las Escrituras, al principio, dan por sentado este principio; Sin embargo, en la forma en que las obras de la naturaleza implican una Primera Causa Divina, también lo hace la obra de revelación. Los hombres eran tan incapaces moralmente de escribir un libro, así como naturalmente no podían crear los cielos y la tierra. De esta manera, las Sagradas Escrituras prueban el ser de un Dios.

Deseo ofrecer algunas observaciones sobre la necesidad de una revelación divina, sobre la evidencia de que la Biblia está escrita por inspiración de Dios, para responder a esta necesidad, y sobre su relación uniforme con la doctrina de la salvación a través de la cruz de Cristo.; pero como esto es más de lo que se puede comprender en una sola letra, debo dividirlo en dos o tres.

Primero, ofreceré algunas observaciones sobre *la necesidad de una revelación de Dios*. Al establecer este principio, se debe observar que no estamos obligados a depreciar la luz de la naturaleza. La palabra de Dios no debe ser exaltada a expensas de sus obras. La evidencia que ofrece el ser y las perfecciones de Dios por la creación que nos rodea, y de la cual nosotros mismos somos parte, no es más reemplazada por la revelación que la ley anula la fe. Todas las cosas que proceden de Dios están en armonía unas con otras. Si toda la evidencia que los paganos tienen del ser y las perfecciones de Dios consiste en relatos tradicionales, derivados originalmente de la revelación, debe haber una gran incertidumbre en ella, como en todo lo demás que surge de un medio tan incierto; y si es así, aunque no lo crean, ¿cómo están *sin excusa*?? ¿Y cómo debemos entender los razonamientos del apóstol sobre el tema? Parece representar la ira de Dios como se revela desde el cielo contra toda impiedad, "porque lo que puede ser conocido se manifiesta en ellos; porque Dios se lo ha mostrado a ellos. Por las cosas invisibles de él, es decir, su poder eterno y Divinidad, se ve claramente desde la creación del mundo, entendiéndose por las cosas que se hacen; para que no tengan excusa ". Esto equivale a decir: Dios es invisible, pero sus obras son visibles: su poder eterno y su Divinidad se manifiestan a partir de las cosas que ha creado. Todas las cosas que tienen un principio deben originarse en una causa sin principio; para que estén sin excusa. Si los paganos, en cualquier caso, han *percibido* o no *realmente*. El poder eterno y la Deidad del Creador, simplemente por las obras de sus manos, es una pregunta que no me comprometeré a responder. Si tal caso nunca ocurrió, es suficiente para mi argumento de que no ha sido por falta de luz objetiva, sino de un estado mental para recibirlo. Al suplicar la necesidad de la revelación divina, como medio para iluminar y salvar a los pecadores, debemos tener cuidado de imitar a aquellos que, al argumentar la necesidad de la gracia divina para renovarlos y santificarlos, los representan como físicamente incapaces de hacer el bien sin ella., y perdónalos en sus pecados. "Toda boca se detendrá, y todo el mundo", sean cuales sean las ventajas o desventajas que hayan tenido en estos aspectos, "serán declarados culpables ante



Dios". Es cierto que la culpa de aquellos que han vivido en pecado sin la luz de la revelación será mucho menor que la de ellos que han continuado en sus pecados debajo de ella; pero todos son sin excusa ante Dios. La revelación divina es necesaria para un conocimiento *competente* de Dios y de su voluntad con respecto a nosotros. Este principio será evidente por una revisión de otros dos; a saber, la insuficiencia de la razón humana para estos importantes propósitos, y la conexión entre la revelación y la fe.

1. *Revisemos la insuficiencia de la razón humana para obtener de la mera luz de la naturaleza un conocimiento competente de Dios y de su voluntad respecto a nosotros.* La luz de la naturaleza nos proporciona poco o ningún conocimiento del carácter moral y el gobierno de Dios. Mientras el hombre estaba en un estado de inocencia, de hecho, podría, reflexionando sobre su propia mente, comprender algo del carácter de ese original Divino después de cuya imagen fue creado; pero, habiendo pecado, esta imagen está borrada. También es cierto que los juicios de Dios contra los pecadores se manifiestan en toda la tierra; y la conciencia de cada hombre da testimonio de que lo que está mal en otro hacia él debe estar mal en él hacia otro; y que, habiendo sentido y actuado en contra de este principio equitativo, en innumerables casos, es un pecador; pero en cuanto a la naturaleza malvada del pecado cometida contra Dios, y su propia condición perdida, la conciencia misma puede proporcionarle poca o ninguna información. Y en cuanto a un más allá, si hay alguno, y, si hay, lo que demostrará; si tendremos que dar cuenta de los hechos en el cuerpo; si habrá alguna esperanza de perdón; y lo que debemos hacer para ser salvos, todo es oscuridad.

La luz de la naturaleza, aunque suficiente para dar testimonio de Dios, y así dejar a los pecadores sin excusa, nunca fue diseñada en ningún estado para proporcionar al hombre todo lo que necesitaba. Incluso en la inocencia, el hombre estaba gobernado por una ley revelada. No parece que su razón le haya dejado descubrir el carácter o la voluntad de su Creador, aunque la razón, al estar bajo la influencia de la rectitud, lo llevaría, como entendía la mente de Dios, a amarla y obedecerla. Pero si la revelación era necesaria en la inocencia, mucho más ahora el corazón tonto del hombre está oscurecido por el pecado.

El estado de los paganos, que no tienen revelación divina, proporciona una prueba terrible de su necesidad. La aspereza de sus pensamientos sobre Dios, y sobre el más allá, es tal que aquellos que han recibido la luz de la revelación apenas pueden pensar que es posible que los seres racionales los entretengan. Por no hablar de los paganos incivilizados, incluso los hijos pulidos de Grecia y Roma, aunque prodigios en la ciencia, sin embargo, en relación con estas cosas, fueron los sujetos de la burla. Bien se dice: "El mundo por sabiduría no conoció a Dios". Esa pequeña porción de luz real que aparece sobre estos temas en los escritos de nuestros deístas modernos, es tomada de esos mismos escritos que pretenden depreciar. Viven en el vecindario de la revelación y, ya sea que la posean o no, están iluminados por ella.

Se dice que el hombre es *más sabio que las bestias del campo; pero es principalmente por medio de instrucciones.* Nacemos, es cierto, con una mente inmortal; pero, desinformado, ¿qué es? El conocimiento entra principalmente en la puerta de los sentidos. ¿A qué le debemos el don del habla? Parece ser natural para nosotros; pero si miramos a alguien que

nace sordo, también lo encontraremos tonto; y si a esto se agrega ceguera, habrá poca diferencia entre él y las bestias del campo. Pero si necesitamos instrucción humana para alcanzar el conocimiento en las cosas de esta vida, ¿es sorprendente que necesitemos un instructor divino para las cosas celestiales y divinas? Es cierto que Dios nos instruye, como se ha dicho, por sus obras; pero contienen solo algunos de los rudimentos del conocimiento Divino; como las parábolas de nuestro Salvador, no fueron diseñadas para proporcionar información perfecta sobre el tema, sino simplemente una indicación general, tiende a excitar humilde investigación para obtener más instrucciones; que, cuando se le preguntó, se concedió con facilidad, pero, cuando se puso a cero, fue "ver y no percibir, oír y no comprender; para que no se conviertan y se curen". El apóstol, en su discurso a los atenienses, lo representa como el diseño de Dios, en sus obras de creación y providencia, para guiar a los hombres a buscarlo; pero, aunque no estaba lejos de todos, viéndolos a todos en vivo, y moviéndose, y teniendo su ser en él, la luz de la naturaleza solo podía permitirles "sentir después de él, si por casualidad pudieran encontrarlo". Aunque "los cielos declaran la gloria de Dios, y el firmamento muestra su obra"; aunque "el día a día habla, y la noche a la noche muestra conocimiento", y aunque su voz se escucha en todos los idiomas y en todos los climas, incluso hasta el fin del mundo; sin embargo, no es por ellos, sino por la palabra de Jehová, que las almas se convierten y los simples se vuelven sabios. Algunos de los más sabios entre los antiguos paganos sintieron y reconocieron la necesidad de una revelación del cielo; y los paganos de la actualidad reconocen lo mismo. Un falso hindú, que era un Brahmin Goroo, a quien uno de sus discípulos le preguntó recientemente: quien había escuchado a un misionero en Balasore, si podía hacerle conocer al Dios vivo y solo a Dios, respondió: "Sabemos que hay un Dios vivo, además de Kreshnoo, Seeb y Ram; pero no conocemos su camino". El discípulo respondió: "Ven al Sahib, falso; él te hablará del Dios del cielo, de quien sabe".

2. *La necesidad de la revelación divina aparecerá más adelante, si consideramos su relación con la fe.* Suponiendo que la humanidad se encuentre en una condición culpable y percedera, y que "Dios amó tanto al mundo como para dar a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna", fue necesaria una revelación del cielo como el terreno de fe "La fe viene por oír, y oír por la palabra de Dios:" sin revelación, por lo tanto, no habría fe, y por lo tanto no habría salvación.

Sin embargo, tanto la revelación como la fe pueden existir en grados muy diferentes. La revelación se dio primero en oscuras insinuaciones, luego en tipos y sombras, en promesas y en profecías; y debajo de cada uno era el oficio de la fe para seguirle el ritmo. La fe de Abel y la de Pablo, aunque en cuanto a su naturaleza y objeto igual, pero en cuanto al grado, debe haber sido muy diferente, debido a la diferencia de los grados de revelación divina que cada uno poseía. La revelación, como la luz brillante, brilló "más y más hasta el día perfecto", y ese fue el "camino de los justos", que correspondía con él.

A partir de estas observaciones, podemos ver la fuerza de dichos pasajes como los siguientes: "Él muestra su palabra a Jacob, sus estatutos y sus juicios a Israel. No ha tratado así con ninguna nación...". "¿Qué ventaja tiene, pues, el judío? ¿O qué provecho hay en la circuncisión? Mucho en todos los sentidos; principalmente, porque a ellos se les cometieron los oráculos de Dios". "En ese momento ustedes estaban sin Cristo (siendo extranjeros de

la comunidad de Israel y extraños de los pactos de la promesa) sin esperanza y sin Dios en el mundo; pero ahora, en Cristo Jesús, ustedes que alguna vez Hace mucho tiempo, la sangre de Cristo los hizo cercanos".

También podemos aprender, a partir de estos comentarios, a tener en cuenta los pequeños grados de fe donde la luz de la revelación ha sido poco conocida. No nos corresponde a nosotros decir cuán pequeña parte de la verdad Divina puede irradiar la mente, ni por qué medios el Espíritu Santo puede impartirla. De acuerdo con la manera ordinaria del procedimiento Divino bajo el evangelio, se puede preguntar: "¿Cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin un predicador? ¿Y cómo predicarán si no son enviados?!" Pero este no ha sido el método uniforme del procedimiento Divino desde el principio. Antes del tiempo de Moisés, no *había* revelación *escrita*, y hasta la venida de Cristo no había ordenanzas para *predicar* la palabra. Hasta entonces no se enviaron misioneros entre los paganos. Los hombres buenos bajo el Antiguo Testamento estaban en un terreno mucho más bajo que aquellos bajo el Nuevo Testamento. Cornelio, el centurión romano, estacionado en Judea, aprendió lo suficiente del Dios de Israel para ser *justo y devoto, dando mucha limosna al pueblo, y rezando a Dios siempre*; y, antes de haber oído que Jesús era el Mesías, sus oraciones y sus limosnas fueron aprobadas por Dios. Sin embargo, las palabras que le habló Peter fueron aquellas por las cuales *fue salvo*: una prueba de esto, no de que haya otra forma de aceptación con Dios que la que revela el evangelio, ni de que sea posible sin fe para agradar a Dios; pero esa fe puede existir mientras todavía no haya una revelación explícita del Salvador. Finalmente, no nos corresponde a nosotros decir lo que tal vez haya tenido un efecto extraordinario en la mente de los hombres. Un rayo de revelación divina disparó la oscuridad del paganismo en las mentes de los magos orientales, y los llevó a adorar al Salvador recién nacido.

## **CARTA VI: SOBRE LA INSPIRACIÓN DE LAS SANTAS ESCRITURAS**

En mi último, traté de mostrar la necesidad de una revelación divina. En esto, *ofreceré evidencia de que la Biblia está escrita por inspiración de Dios, para responder a esta necesidad*. Es cierto que aquellos que escribieron los libros que componen el Antiguo y el Nuevo Testamento profesan haber sido divinamente inspirados. "El Espíritu de Dios habló por mí, y su palabra estaba en mi lengua: el Dios de Israel dijo: La Roca de Israel me habló. El Señor habló a Moisés, diciendo, & c." Así dice el Señor. La Escritura es inspirada por Dios. Los santos hombres de Dios hablaron cuando fueron movidos por el Espíritu Santo. Las cosas que les escribo son los mandamientos del Señor ". Por lo tanto, debemos admitir que estos escritos son la palabra de Dios, o considerarlos como una mera impostura. Pretender "venerarlos como auténticos, registros de la dispensación de Dios" y, sin embargo, negar su inspiración, es absurdo; es creer en los escritores en lo que dicen de otros temas, e incrédulos en lo que dicen de sí mismos. Si sus escritos no son lo que profesan ser, son impostura y merecen ser rechazados. No hay un medio consistente entre la fe y la incredulidad.

Pero, aunque toda la Escritura es inspirada por Dios, no se sigue que sea así en el *mismo sentido y grado*. Se requirió un grado de inspiración para predecir eventos futuros, y otro

para narrar hechos que cayeron bajo el conocimiento del escritor. El uno requería menos ejercicio de su propio juicio, el otro más. La inspiración, en este último caso, podría ser poco más que una Superintendencia Divina, que lo preserva del error y de otros defectos y fallas a los que están sujetos los historiadores comunes. La inspiración divina, de cualquier tipo o grado, debe haber *llevado consigo su propia evidencia a la fiesta.*, o no podría con propiedad haber declarado: "Así dice el Señor" y, "Las cosas que te escribo son mandamientos del Señor". Y parece, en algunos casos, haber sido *igualmente evidente para aquellos que estaban presentes*. Así, cuando el Espíritu del Señor vino sobre Jahaziel, y predijo el derrocamiento de los moabitas y amonitas, Josafat y el pueblo parecen haber estado tan seguros de que fue por inspiración de Dios como él mismo; y por lo tanto cayó ante el Señor, y adoró, 2 Cr 2.

La única pregunta es si lo que fue evidente para ellos *puede serlo para nosotros, a esta distancia de tiempo y lugar; si no en el mismo grado, pero con la certeza suficiente para garantizar nuestra dependencia sin reservas de él*. Considero que algunos de los fundamentos principales sobre los cuales se puede mantener lo afirmativo son los siguientes: la verdad de las cosas contenidas en los escritos sagrados, su consistencia, su perfección, su acritud y su utilidad. Revisemos estos detalles.

1. La *verdad* de las cosas contenidas en los escritos sagrados. Requiere que un libro que profesa ser una revelación de Dios debe contener la verdad, y nada más que la verdad en particular debe ser su historia, sus profecías, sus milagros y sus doctrinas. Ahora, como abundan las Escrituras con estas, si no son ciertas, no puede ser una tarea difícil demostrarlas. Los hechos expuestos, con la evidencia que los acompaña, recae en aquellos que no creen en ellos para mostrar la causa. Ciertamente no ha sido por falta de adversarios, ni de adversarios de talento, que este trabajo nunca se ha logrado. ¿Cómo es eso, de todos los que han escrito en contra de la Biblia, ¿no un individuo se ha comprometido sobria y modestamente a responder la evidencia que se ha aducido sobre la veracidad de su historia, el cumplimiento de sus profecías, la realidad de sus milagros y la pureza y consistencia de sus doctrinas? En lugar de esto, muchos de ellos han fingido creer en la Biblia, mientras que la han estado minando engañosamente; y aquellos que han declarado su hostilidad han tratado comúnmente del ridículo, más que de la razón. En verdad, es para el honor de la Biblia tener tales hombres para sus adversarios.

2. Su *consistencia*. Un libro escrito por más de treinta hombres, de diferentes talentos y estaciones en la vida, que viven en diferentes edades, la mayor parte de los cuales, por lo tanto, no podría comunicarse entre sí, debe, si no hubiera sido escrito bajo la inspiración de Dios, hubiera estado lleno de contradicciones. Que se nombre cualquier otra producción que haya conservado una consistencia en tales circunstancias. Para suponer una sucesión de escritos, el trabajo de diseñar impostores, o al menos de fanáticos débiles, capaces de mantener esa armonía que es evidente en las Sagradas Escrituras, no es menos absurdo que la noción de Epicuro, que el mundo se formó por una concurrencia fortuita de átomos, sin una causa de diseño. Grandes como son las diferencias entre judíos y cristianos, no hay ninguna entre sus escritos sagrados. El Antiguo y el Nuevo Testamento son dictados por el mismo Espíritu. Pablo era odiado por sus compatriotas incrédulos y tratado como un apóstata de la religión de sus antepasados; Pero no era un apóstata. "Doy gracias a Dios",

le dice a Timothy, "a quien sirvo *de mis antepasados* ¿: "Él habla también de la *misma fe* que existía en Timoteo al habitar primero en su abuela Lois y luego en su madre Eunice; la primera de las cuales vivió y murió bajo la dispensación anterior. El mismo Dios que" en varias ocasiones y de diversas maneras, habló en el pasado a los padres por los profetas, "en los" últimos días nos habló por su Hijo ". La coherencia, es cierto, puede no ser en todo caso una prueba de la verdad; dado que el error y la falsedad pueden, en algunos detalles, llegar a un acuerdo: pero, en un tema cuyos rumbos son múltiples y minuciosos, no pueden escapar a la detección; nada más que la verdad en tales casos se encontrará consistente en todo momento.

3. Su *perfección*. Si la Biblia es de Dios, la perfección debe ser una de sus propiedades; para "Él es una roca, y su trabajo es perfecto". Sin embargo, esta propiedad le pertenece, no como si hubiera comenzado y finalizado de inmediato. Esta no fue la obra de la creación; cada día tenía su propio trabajo; que, en resumen, se pronunció muy bien, y todos juntos, cuando terminaron, formaron un todo glorioso. Tal fue la obra de inspiración: las Sagradas Escrituras duraron más de mil quinientos años desde su comienzo hasta su finalización; pero, al completarse, forman un todo, y cada parte de ellos es muy buena. Existe esta propiedad peculiar que pertenece a las Sagradas Escrituras, que, si posee un solo libro, generalmente puede aprender de él los principios principales que se encuentran en el resto. El lenguaje fuerte de David con respecto a las Sagradas Escrituras, como ser "más deseable que miles de oro y plata, más dulce que la miel y el panal", y cosas por el estilo, podría referirse a poco más que el Pentateuco de Moisés. Incluso una hoja de los oráculos sagrados, en innumerables casos, le enseñaría a encontrarlo y leerlo con una mente humilde, el camino hacia la vida eterna; y esto no posee algo como un encanto, sino que contiene principios que, si se comprenden y siguen, conducirán al investigador a Dios.

4. Su *picante*. No hay nada en las Sagradas Escrituras que satisfaga una curiosidad ociosa; pero mucho de lo que se encomienda a la conciencia y que interesa al corazón. Son un espejo en el que mira seriamente debe, en mayor o menor grado, ver su propia semejanza y descubrir qué tipo de personaje es. Lo que la mujer samaritana dijo de Jesús, podría decirse de ellos, en miles de casos: "Me dijo todo lo que hice". Son "las palabras de los sabios, que son como agujones y como clavos atados por los maestros de las asambleas". No solo pinchan al pecador en su corazón, sino que se pegan tan rápido que es incapaz de extraerlos. Se ha observado que los que escucharon la predicación de los apóstoles generalmente se conmovieron, ya sea para arrepentirse y convertirse, o para oponerse a la verdad con amargo resentimiento. Su doctrina era un sabor de vida a vida en los que creían, y de muerte a muerte en los que resistían. Seguramente, si predicamos más en el espíritu y poder de los apóstoles, los efectos de nuestro ministerio se parecerían más a los de ellos, y nuestros oyentes no podrían sentarse año tras año fácilmente en sus pecados. "La palabra de Dios es rápida y poderosa, más aguda que cualquier espada de dos filos; penetra incluso hasta la división del alma y el espíritu, y de las articulaciones y la médula; y es un discernidor de los pensamientos y las intenciones del corazón". Si nuestra predicación es poco, pero poco adaptada para producir estos efectos, seguramente contiene muy poca de la palabra de Dios.

5. Su *utilidad*. Hay muchas cosas en las Sagradas Escrituras que son entretenidas y agradables para los ingeniosos, y más para consolar a los tristes: sin embargo, no era para complacer, ni simplemente para consolar, sino para beneficiarnos de que fueron escritos. Lo que es inspirado por Dios es "*rentable* por doctrina, por reprensión, por corrección, por instrucción en justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto, bien provisto para todas las buenas obras". Los incrédulos pueden declamar en contra de la Biblia; pero la experiencia universal demuestra que, con respecto a la vida presente solamente, aquellos que la creen y forman sus vidas según sus principios son, más allá de toda comparación, los mejores miembros de la sociedad; mientras que los que no creen y traducen son los peores, y si a esto se agrega la vida por venir, ya no es un tema de comparación, sino de contraste; para los primeros ordinariamente muera en paz y esperanza, este último cegado por la insensibilidad o, si se despierta a la reflexión, en terribles presentimientos de la ira venidera.

Concluiré esta carta con algunas observaciones sobre las *propiedades* y *tendencias* atribuidas a las Sagradas Escrituras en el Salmo XIX. Habiendo declarado la gloria de Dios, como lo manifiestan sus obras, el escritor procede a exhibir otro medio de la gloria Divina, menos magnífico, pero más adecuado para los casos de hombres pecaminosos, es decir, su palabra. La *ley*, el *testimonio*, los *estatutos*, los *mandamientos*, el *temor* y los *juicios* del Señor no son más que nombres diferentes dados a las Escrituras.

"La ley del Señor es perfecta, que convierte el alma". El libro de la naturaleza declara el "poder eterno y la Divinidad" del Creador; pero el de la Escritura representa todo su carácter; no solo como el Creador, sino como el Gobernador moral y Salvador de los hombres. Por lo tanto, es "capaz de hacernos sabio para la salvación, por la fe que es en Cristo Jesús". "El testimonio del Señor es seguro, haciendo sabio lo simple". Las opiniones de los hombres más grandes, formadas simplemente a partir de las obras de la naturaleza, están llenas de incertidumbre y están mal adaptadas para instruir a la parte analfabeta de la humanidad en su mejor interés; pero las Sagradas Escrituras contienen los verdaderos dichos de Dios, de los cuales se puede depender con seguridad.

"Los estatutos del Señor son correctos y alegran el corazón". Los principios inculcados en las Sagradas Escrituras concuerdan con la naturaleza y la aptitud de las cosas. Lo que requieren se aprueba a la conciencia; y lo que enseñan, aunque sea una tontería en el relato de los no creyentes, es, para aquellos que lo entienden y creen, la sabiduría de Dios. Esta propiedad da alegría a toda mente recta; porque los amigos de la justicia deben regocijarse en lo que es correcto.

"Los mandamientos del Señor son puros, iluminan los ojos". Su libertad de toda mezcla de corrupción los hace aptos para iluminar la mente y alegrar el corazón. Cansados con las opiniones discordantes de los hombres, recurrimos a las Escrituras y, como Jonathan al probar la miel, nuestros ojos están iluminados.



"El temor del Señor es limpio, perdurable para siempre". La adoración a Dios, como se enseña en las Sagradas Escrituras, es casta e incorrupta; y por lo tanto continuará cuando la idolatría, y toda abominación que haya pasado bajo el nombre de religión, ya no exista.

"Los juicios del Señor son verdaderos y justos por completo". Las Sagradas Escrituras contienen las decisiones del Juez de todos, tanto en lo que respecta a las cosas como a los personajes, de las cuales no hay apelación: ni es apropiado que así sea; viendo que no solo están formados en sabiduría, sino que están perfectamente de acuerdo con la verdad y la equidad. "Más que desear son ellos que el oro; sí, que mucho oro fino: más dulce también que la miel y el panal". Hay una calidad rica, valiosa, podría decir una invaluable, en estos escritos, que no se encuentra en ninguna otra; y que interesa tanto al corazón que las cosas más valoradas en el mundo pierden todas sus atracciones en comparación con él.

"Además, por ellos es advertido tu siervo; y al guardarlos hay una gran recompensa". Están adaptadas al mismo tiempo para preservarnos del mal y para guiarnos de la manera correcta y buena; y, a medida que lo seguimos, producirá una satisfacción inexpresable. Si al leer estos oráculos sagrados los usamos adecuadamente, de acuerdo con los versículos restantes del Salmo, percibiremos que nuestros errores son innumerables; sentirá la necesidad de mantener la gracia para preservarnos incluso del peor de los crímenes; y aspiraremos a una conformidad en nuestras palabras y pensamientos a la voluntad de Dios. Que la bendición de Dios asista a los diversos intentos de traducir y hacer circular las Sagradas Escrituras. Hace unos años, cierto fanfarrón infiel fingió haber atravesado el bosque y cortado los árboles, que los sacerdotes, dijo, podrían volver a meter, ¿pero no crecerían! ¿Y las Escrituras sagradas han sido menos solicitadas desde entonces que antes? ¿Más bien no han sido mucho más? La infidelidad, al exagerar su parte, se ha dado una herida; y sus cómplices, como Herodes, han sido comidos de gusanos y han muerto. Pero la palabra del Señor ha crecido y se ha multiplicado.

## **CARTA VII: SOBRE LA LECTURA UNIFORME DE LAS ESCRITURAS SOBRE LA PERSONA Y EL TRABAJO DE CRISTO**

En las dos cartas anteriores, me he esforzado por mostrar la necesidad de la revelación divina, y dar evidencia de que la Biblia está escrita por inspiración de Dios, para responder a esa necesidad; En esto agregaré algunas reflexiones sobre su *relación uniforme con la persona y la obra de Cristo*.

No necesitamos seguir a aquellos que arrastran a Cristo en todas las ocasiones. Suponer, por ejemplo, que todos los Salmos de David se refieren a él, es establecer el evangelio sobre las ruinas del sentido común. Aún menos necesidad lo vemos prefigurado por cada cosa en la que una imaginación acalorada puede trazar un parecido. Esto iba a entrar en una especie de Quijotismo espiritual, encontrando un castillo donde otros solo encontrarían un molino de viento. Sin embargo, las Sagradas Escrituras están llenas de Cristo y lo conducen uniformemente a él. El libro sagrado comienza con un relato de la creación del mundo: "En el principio Dios creó los cielos y la tierra". Pero en otra parte nos informan que,

"En el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada". Sí más, que todas las cosas fueron hechas no solo *por él*, como la primera causa, sino *por él*, como el último fin. La creación parece haber sido diseñada como un teatro en el que debería mostrar su gloria, particularmente en la obra de la redención. Seguramente fue desde este punto de vista que "se regocijó en las partes habitables de la tierra, y sus delicias fueron con los hijos de los hombres".

La *historia* contenida en las Sagradas Escrituras es la de la iglesia o el pueblo de Dios: otras naciones son introducidas solo de manera incidental, como conectadas con ellas: y esta gente fue formada para Cristo. Dios lo designó para ser "heredero de todas las cosas". Todo lo que hicieron los patriarcas y los profetas, bajo el Antiguo Testamento, fue preparatorio para su reino. Trabajaron en su campo y, por lo tanto, sus apóstoles "entraron en sus labores". El llamado de Dios a Abraham, y bendiciéndolo e incrementándolo, siempre tuvo una referencia al reino de su Hijo. Él era la Semilla principal en la que todas las familias de la tierra iban a ser bendecidas. ¿Por qué Melquisedec, al encontrarse con Abraham, cuando regresó de la matanza de los reyes, bendecirlo con tanto corazón? ¿No era como saber que él *¿Tenía las promesas*, especialmente la del Mesías? ¿Por qué Esaú desprecia su derecho de nacimiento? ¿Calculó *la profanación*, pero debido a que se refiere a algo *sagrado*?? Las promesas hechas a la posteridad de Abraham se relacionaban principalmente con cosas a gran distancia; pero Esaú anhelaba algo más cercano y, por lo tanto, vendió su derecho de nacimiento para un disfrute presente. ¿Por qué el reproche que Moisés prefería a los tesoros de Egipto se llamaba "el reproche de Cristo", pero que Israel, al estar en posesión de la promesa de Él, y Moisés creyéndolo, echó su suerte con ellos, aunque en un estado de esclavitud? ¿No eran estas las "cosas buenas" a las que se refería al persuadir a Hobab para que las acompañara? Todo lo que se hizo por Israel desde su descenso a Egipto hasta su asentamiento en Canaán, y desde allí hasta la venida de Cristo, fue en referencia a él. La conquista de las siete naciones fue autorizada, e incluso ordenada por Jehovah, con el propósito de restablecer su gobierno en su propio mundo, de donde había sido conducido de alguna manera por la idolatría. Establecía su estándar con el diseño de someter al mundo a la obediencia de la fe. Lo que, excepto la promesa de Cristo, ¿cómo el pacto que Dios hizo con David, lo hizo toda su salvación y todo su deseo? Debido a la relación que tenía la historia del Antiguo Testamento con la persona y la obra de Cristo, cuando Stephen y Pablo, al predicarlo a los judíos, lo utilizaron para presentar su tema, Hechos 7:13.

El cuerpo de las instituciones judías no era más que una sombra de las cosas buenas por venir, de las cuales Cristo era la sustancia. Sus sacerdotes, profetas y reyes eran típicos de él. Sus sacrificios apuntaban a aquel que "se entregó por nosotros, una ofrenda y un sacrificio a Dios por un aroma dulce". El maná del que se alimentaban en el desierto se refería a él como el "pan de Dios que debería descender del cielo". Se dice que la roca, de donde fluyó el agua que los siguió en sus viajes, es Cristo, como típica de él. Sus ciudades de refugio lo representan "como la esperanza que tenemos ante nosotros". Toda la dispensación sirvió como un florete, para activar la gloria superior de su reino. El templo no era sino el andamiaje a lo que él construiría, y la gloria que soportaría. La ley moral exhibía cosas correctas, y la ley ceremonial una sombra de cosas buenas; pero "la gracia y la

verdad vinieron por Jesucristo". La dispensación cristiana es a la del Antiguo Testamento como el jubileo a un estado de cautiverio. Puede ser en referencia a cosas como estas que el salmista oró: "¡Abre mis ojos, para que pueda contemplar cosas maravillosas de tu ley!" De las profecías con las que abundan las Escrituras, la persona y la obra de Cristo forman el tema principal. "A él dio testimonio de todos los profetas", ya sea en lo que escribieron o hablaron. "El testimonio de Jesús es el espíritu de profecía". Desde la primera mención de la Semilla de la mujer, hasta su aparición en la carne, el lenguaje de la profecía sobre él se hizo más explícito y distinto. La bendición de Jehovah, el Dios de Shem, parece tener diseños íntimos de misericordia hacia sus descendientes. La promesa a Abraham y su simiente es más expresa. Abraham, entendiendo que incluía al Mesías, creyó, y le fue contado por justicia. Deseaba fervientemente ver su día; lo vio y se alegró. La profecía de Jacob es aún más explícita y distinta. Él predice su ser de la tribu de Judá, y que bajo su reinado los gentiles deberían ser reunidos. Después de esto, la casa de David se especifica, como aquella de la cual el Mesías debería brotar. Los Salmos abundan en predicciones acerca de él. Isaías cuenta que nació milagrosamente de una virgen de su carácter humilde y gentil, "sin romper la caña magullada ni apagar el lino humeante" de sus sufrimientos, muerte y reino eterno, lo que implicaba su resurrección, Hechos xiii. 34. Micah nombró a la ciudad de Belén como el lugar donde debía nacer. Zacarías mencionó las bestias en las que debía hacer su entrada pública a Jerusalén. El Espíritu de inspiración en los profetas se llama "el Espíritu de Cristo", porque "testificó de antemano los sufrimientos de Cristo y la gloria que debería seguir". Pero si el Antiguo Testamento tenía una relación uniforme con la persona y la obra de Cristo, mucho más con el Nuevo. Esto se titula correctamente: "El Nuevo Testamento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo". El uno abunda en profecías; el otro se relaciona con su realización. Las ordenanzas de los primeros eran prefigurativas; los de este último son conmemorativos. Pero ambos apuntan al mismo objeto. Toda verdad divina guarda relación con él: de ahí que la doctrina del evangelio se llame "la verdad como es en Jesús". En la faz de Jesucristo, vemos la gloria del carácter Divino de tal manera que no lo vemos en ningún otro lado. La naturaleza malvada del pecado se manifiesta en su cruz, y la condición perdida de los pecadores en el precio al que se obtuvo nuestra redención. La gracia, la misericordia y la paz están en él. La resurrección a la vida eterna es a través de su muerte. En él, cada precepto encuentra su motivo más poderoso, y cada promesa es su cumplimiento más perfecto. Los judíos poseían las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento, y *los buscó*,\* pensando que en ellos tenían vida eterna; pero *no acudirían a él para tenerlo*. ¡Qué cuadro nos presenta esto de multitudes en nuestros tiempos! Poseemos tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento; y es agradable ver el celo manifestado últimamente en darles circulación. Todas las órdenes y grados de hombres se unirán para aplaudirlos. Pero pasan por alto a Cristo, de quien uniformemente dan testimonio; y, mientras piensa obtener la vida eterna, no vendrá a él para que la tengan.

### **CARTA VIII: SOBRE LAS PERFECCIONES DE DIOS**

No necesito decirles que solo los puntos de vista del carácter Divino están en la base de toda religión verdadera. Sin ellos, es imposible, en la naturaleza de las cosas, amar a Dios, o percibir la idoneidad de que seamos obligados a amarlo, o la maldad de no amarlo, o la necesidad de tal Salvador y tal salvación como El evangelio revela. Podemos estar

aterrorizados por el miedo a la ira venidera, y deleitarnos con la esperanza de escapar por medio de Cristo; pero si este terror y esta esperanza no respetan el carácter de Dios, como santo, justo y bueno, no puede haber odio al pecado como pecado, ni amor a Dios como *Dios* y, en consecuencia, no hay verdadera religión. "Esta es la vida eterna, para conocerte, el único Dios verdadero, y Jesucristo, a quien has enviado". Dios es un Espíritu, y no puede ser conocido por el sentido, ni por ningún medio que no sean aquellos en los que se ha complacido de manifestarse. Estas son sus obras y su palabra. Todo lo que se encuentra con nuestros ojos, o nos alcanza los oídos, en el cielo o en la tierra, está lleno de su gloria. "Las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven claramente, se comprenden por las cosas que se hacen, incluso su poder eterno y su Divinidad" para que no hubiera otra revelación de sí mismo, esto fue suficiente para dejar a los pecadores sin excusa. Pero además de este modo silencioso de manifestarse, Dios se ha mostrado por su palabra. Incluso en un estado de inocencia, el hombre estaba gobernado por la voluntad revelada de su Creador. Las perfecciones de Dios requieren ser distinguidas en naturales y morales: las primeras respetan su grandeza, las segundas su bondad; o, más particularmente, el uno se refiere a su comprensión infinita, su poder todopoderoso, su eternidad, inmensidad, omnipresencia, inmutabilidad, etc. el otro, a su pureza, justicia, fidelidad, bondad o, en una palabra, a su santidad. Los primeros son necesarios para convertirlo en un objeto de respeto, el segundo de amor, y ambos juntos de santo temor. Las perfecciones naturales de Dios se manifiestan principalmente en la creación y el gobierno providencial del mundo; Sus perfecciones morales en la creación, el gobierno moral y la salvación de los seres inteligentes. Los primeros son gloriosos en relación con los segundos, pero los segundos son gloriosos en sí mismos. Poder y conocimiento y cualquier otro atributo perteneciente a la grandeza de Dios, si pudieran separarse de su justicia y bondad, lo convertirían en un objeto de temor y no de amor; pero la justicia y la bondad, ya sea que estén relacionadas con la grandeza o no, son encantadoras.

Corresponsal con esto es lo que se nos enseña de la "imagen de Dios" en el alma del hombre; es en parte natural y en parte moral. La imagen moral de Dios, consistente en "justicia y santidad verdadera", fue borrada por el pecado; pero la imagen natural de Dios, consistente en su naturaleza racional e inmortal, no lo era. A este respecto, el hombre, aunque caído, aún conserva la imagen de su Creador, y por lo tanto no puede ser asesinado o maldecido sin incurrir en su gran disgusto, Gn. 9; Stg 3:9)

La misma distinción es perceptible en la humillación y exaltación de Cristo. Se vació o se desnudó; dejó a un lado su gloria por un tiempo: sin embargo, no su bondad, sino su grandeza: no su pureza, justicia, fidelidad o santidad; pero la exhibición de su eternidad, supremacía, inmensidad, sabiduría, poder, omnisciencia y omnipresencia convirtiéndose en un hombre mortal, sujeto a sus padres, apoyado por los alimentos ordinarios de la vida, y atribuyendo su doctrina y milagros al Padre. Fue así que, "siendo rico, se hizo pobre, que a través de su pobreza podríamos hacernos ricos". Y esto es lo que explica las atribuciones que se le dieron después de su exaltación: "Digno es el Cordero que fue asesinado para recibir poder, riquezas, sabiduría, fuerza, honor, gloria y bendición". Cada uno de estos términos respeta esa gloria de la que se había desnudado y con la que ahora era digno de ser doblemente invertido.

Como no es el talento, sino la moralidad, lo que constituye el carácter entre los hombres, tampoco lo natural, sino la perfección moral de Dios, es lo que constituye su carácter. La santidad es la gloria de la naturaleza divina. Así, cuando le mostraría a Moisés su gloria, dijo: "Haré que toda mi bondad pase delante de ti". Sin embargo, como la grandeza ilustra la bondad entre los hombres, así la grandeza de Dios ilustra su bondad. Su ser "el alto y elevado, que habita en la eternidad", ilustra la santidad de su nombre y la condescendencia inigualable de su naturaleza hacia los pobres y contritos. Es por la unión de estas excelencias divinas que se opone a todas las deidades de los paganos. Sus mayores enemigos a menudo lo han confesado como el "Altísimo" y el "Santísimo". De ahí que Moisés pudiera decir:

Los preceptos, prohibiciones y promesas de la Ley Divina son un espejo en el que podemos percibir las perfecciones morales del Legislador. Cada uno expresa su corazón; o lo que ama y lo que odia. Además, muestran su bondad a sus criaturas, otorgándoles todo lo que les haría bien, y reteniendo nada más que lo que probaría su ruina. La suma de todos sus requisitos era el amor a Dios y a los demás. Y como sus promesas a los obedientes expresarían su amor por la justicia, sus amenazas contra los transgresores muestran su gran aborrecimiento del pecado. Bajo ningún otro principio podemos dar cuenta de las tremendas maldiciones denunciadas, por un Ser lleno de bondad, contra el trabajo de sus manos. Además, para mostrar que estas no son meras palabras emitidas para disuadir a la humanidad, sin ningún diseño de llevarlas a la ejecución, pero que, en todas sus amenazas de castigo futuro a los impíos, quiere decir lo que dice, inflige numerosos y dolorosos juicios sobre sus enemigos, incluso en este mundo. En un caso, destruyó, con la excepción de una sola familia, toda la raza del hombre que había creado. En muchos otros, por la guerra, el hambre, la peste y otros medios, su desagrado contra el pecado se ha expresado en casi todas las épocas. Sin embargo, nunca ha fallado en mantener su carácter, como "el Señor, el Señor Dios, misericordioso y misericordioso, sufriente y abundante en bondad y en verdad". A menudo ha perdonado a quienes han buscado su misericordia; e incluso cuando las partes no lo han buscado, él ha trabajado por el bien de su gran nombre. Estas son algunas de las expresiones de la mente Divina; pero, como dice Job, son "solo una parte de sus caminos" y exhiben solo una parte de su personaje. La única muestra de las perfecciones divinas que pueden denominarse perfecta es en la salvación de los pecadores, a través de la obediencia y la muerte de su amado Hijo. Después de todas las manifestaciones anteriores de su gloria, se puede decir: "Nadie ha visto a Dios en ningún momento; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, lo ha declarado". En su empresa, cada perfección Divina se encuentra y armoniza. Hubo, en épocas anteriores, diversas demostraciones de verdad y justicia, por un lado, y de misericordia y paz por el otro; pero no parece haber habido un punto en el que puedan encontrarse y unirse. Si uno prevaleció, el otro retrocedió o cedió. Fue así en el diluvio, y en la destrucción de Sodoma y Gomorra; la verdad y la justicia prevalecieron; pero la misericordia y la paz se retiraron, dejando que los transgresores sufrieran. Y así, cuando Israel fue perdonado en la intercesión de Moisés, prevaleció la misericordia y la paz; pero la justicia fue suspendida. Estaba reservado para el unigénito del Padre para unirlos en la misma instancia. En él "la misericordia y la verdad se encuentran juntas, la justicia y la paz se han besado".

Cuando llegó el momento señalado, la justicia despertó e hirió al Pastor, para que la misericordia volviera su mano hacia los pequeños. Es así como se declara toda perfección en la naturaleza Divina, natural y moral; la sabiduría, el poder, la fidelidad, la justicia, el amor y la misericordia se encuentran y mezclan sus rayos. Dios es "justo y el justificador de los que creen en Jesús". Se otorga un mayor honor a la ley divina, tanto en cuanto a su precepto como a su castigo, que el suficiente para contrarrestar la mayor desgracia, por la rebelión del hombre; y una mayor muestra del desagrado Divino contra el pecado que si todo el mundo hubiera sufrido la recompensa de sus obras. Y ahora el amor a los pecadores, que no se solicitó en el don de Cristo, fluye sin ningún impedimento hacia todos los que vienen a Dios por él.

Las luchas de la justicia y la misericordia, y los triunfos de este último, están muy representados en Jr. 3: 19, "Pero yo dije: ¿Cómo te pondré entre los niños y te daré una tierra agradable?" "¿Cómo te daré por vencido, Efraín, te entregaré, Israel? ¿Cómo te haré como Admah? ¿Te pondré como Zeboim? Mi corazón se volvió dentro de mí y mis arrepentimientos se encendieron". En el primero de estos pasajes, se insinúa que, aunque Dios estaba dispuesto a mostrar misericordia, su conducta puso a prueba sus perfecciones. En el último, debemos concebir a un padre ofendido como agarrando a su hijo con una mano y sosteniendo una vara en la otra, haciendo llamamientos alternativos, primero a su propia compasión, luego a la conciencia del delincuente. La justicia requiere que sea entregado al castigo, que se haga como Admah, y se establezca como un ejemplo como Zeboim. Pero la misericordia aboga por la detención del juicio y vence. En un caso como este, podría compararse la conducta divina hacia Israel; pero toda esta misericordia, y todo lo que siguió, y todo lo que aún seguirá, es a través de la expiación de Cristo. Su sacrificio ha proporcionado las respuestas a estas preguntas difíciles.

### **CARTA IX: EN LA TRINIDAD O EN EL PADRE, EL HIJO Y EL ESPÍRITU SANTO SER UN DIOS**

Un asunto tan grande y tan por encima de nuestra comprensión como este requiere ser tratado con temblor. Todo lo que podamos pensar o decir sobre el Dios siempre bendecido requiere la mayor modestia, temor y reverencia. Si escuchara a dos personas involucradas en un concurso cálido sobre el tema, debería temer por los dos. Uno podría estar, en general, en lo correcto, y el otro en lo incorrecto; pero si se usaran muchas palabras, se podría esperar que ambos incurrieran en la reprensión del Todopoderoso: "¿Quién es este que oscurece el consejo con palabras sin conocimiento?"

Al pueblo de Israel se le prohibió romper los límites establecidos para ellos y contemplar la gloria visible de Jehová. Los bethshemitas, por mirar hacia el arca, fueron heridos de muerte. Tales juicios no pueden caer sobre nosotros en estos días; pero podemos esperar que otros sean más temidos. Como el evangelio es una dispensación espiritual, sus juicios, así como sus bendiciones, son principalmente espirituales. Donde los hombres han empleado ellos mismos curiosamente entrometerse en cosas demasiado altas para ellos, normalmente han sido golpeados con una explosión en sus mentes y en su ministerio.



Hay una mayor importancia en la doctrina de la Trinidad que comúnmente aparece en una inspección superficial de ella; principalmente, quizás, debido a que afecta nuestros puntos de vista sobre la doctrina de la persona y la obra de Cristo; cuál doctrina, siendo el fundamento sobre el cual se construye la iglesia, no se puede eliminar sin el mayor peligro para el edificio.

Es un tema de pura revelación. Si la doctrina no se enseña en los oráculos de Dios, no tenemos nada que ver con ella; pero si es así, ya sea que podamos comprenderlo o no, debemos humildemente creerlo y esforzarnos por comprender todo lo que Dios ha revelado al respecto. No estamos obligados a comprender cómo tres son uno; porque esto no se revela. Si no consideramos al Padre, al Hijo y al Espíritu como siendo tres y uno en el mismo sentido, lo que ciertamente no hacemos, entonces no creemos una contradicción. Podemos dejar que las mentes especuladoras se pierdan a sí mismas y a otros en un laberinto de engreimiento, mientras aprendemos lo que se revela y descansamos contentos con ello.

Al creer en tres personas divinas en una esencia, no quiero decir que la distinción entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sea la misma que entre tres personas humanas: pero tampoco hay otro término que responda a la idea de las Escrituras.; y dado que se dice que Cristo es "la imagen expresa de la persona de su Padre", no veo nada objetable en usar esto.

La doctrina fue ciertamente menos explícitamente revelada en el Antiguo Testamento que en el Nuevo. Cuando vino el Mesías, se esperaba que nos contara todas las cosas. Si el grado en que se dio a conocer la doctrina en el Antiguo Testamento tiene una proporción con la de otras verdades importantes, es suficiente. Desde el comienzo de la creación, el nombre de Dios se representa bajo una forma plural; con lo cual concuerda el movimiento del Espíritu de Dios sobre la faz de las aguas; y todas las cosas hechas por la Palabra, y sin él nada hecho, eso fue hecho. El ángel del Señor que se le apareció a Abraham, Lot, Jacob, Moisés, Josué, etc., en forma de hombre, fue considerado y tratado por ellos como Dios, y recibió la adoración divina en sus manos. En referencia a esto, concibo, se dice en el Nuevo Testamento que, "estando en la forma de Dios, en el Nuevo Testamento, la doctrina se revela más explícitamente; particularmente en la comisión de Cristo a sus apóstoles para bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En la Segunda Epístola de Pablo a los Corintios, invoca la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo para estar con ellos. Y Juan, en su Primera Epístola, presenta al Padre, la Palabra y el Espíritu Santo, como testigos del evangelio; o que Dios nos había dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo. Si, en el primero de estos pasajes, el Hijo y el Espíritu Santo son considerados como personas Divinas, y como uno con el Padre, tanto en la naturaleza como en la economía de la redención, hay una aptitud para ser bautizados en este nombre individual; pero para ser bautizado en el nombre de Dios, una criatura y una energía, debe ser el colmo de la incongruencia. El siguiente pasaje muestra la importancia de la doctrina para la existencia y el progreso de la piedad vital. No es un tema de mera especulación, sino del que dependen todas las comunicaciones de gracia y paz a los hombres pecaminosos; y es notable que rara vez se sabe que quienes lo rechazan reconocen una comunión espiritual con Dios, pero la tratan como fanatismo. El último de estos pasajes ha sido fuertemente opuesto como *interpolación*. Está no para que yo decida esta pregunta haciendo referencia a versiones antiguas del Nuevo

Testamento; pero hay dos o tres consideraciones que, después de todo lo que he visto en el otro lado, pesan conmigo a su favor. Primero, dado que el séptimo verso falta en algunas copias y se encuentra en otras, todo lo que se puede inferir es que debe haber una interpolación de algún copista o una omisión de otro. La pregunta es, ¿cuál es la más probable? Si se trata de una omisión en las copias donde está deseando, podría no haber sido por *diseño*, pero por mero descuido, especialmente cuando el octavo verso comienza tanto como el séptimo; mientras que, si se trata de una interpolación, ningún descuido puede explicarlo, pero debe haber surgido de una impostura malvada y deliberada. ¿A cuál de estos supuestos dará su voto la franqueza?

En segundo lugar, suponiendo que la omisión o interpolación, sea cual fuere, haya surgido del *diseño*; ¿Cuál es el más probable y el menos probable que haya escapado a la detección de que los antitrinitarios deberían omitir lo que les era desfavorable o que los trinitarios deberían presentar lo que era favorable? Una omisión escaparía a la detección siete veces cuando una interpolación podría escapar una vez.

En tercer lugar, la conexión del pasaje está totalmente a su favor. La fraseología es la del apóstol Juan; de modo que, si las palabras no son suyas, debe haber sido la imitación más exitosa de él que se pueda imaginar. Tal como está en nuestra traducción, evidentemente hay una gradación de ideas, formando una especie de clímax de testigos; a saber, el de los Tres en el cielo, de los tres en la tierra, y el testimonio que un creyente tiene dentro de sí mismo. Dejar de lado lo primero era debilitar el pasaje y destruir su belleza. Además, no es solo la omisión del séptimo verso lo que es necesario, para darle sentido al pasaje. Las palabras *en la tierra*, en el octavo verso, también deben omitirse, si no todo el noveno verso, en el que el *testimonio de Dios* se supone que ha sido introducido; pero que, si se omite el séptimo verso, no se ha introducido. Aquellos que ahora están para modelar el pasaje omiten algunos de estos, pero no todos; ni tampoco pueden probar que esas palabras que dejan fuera se excluyeron uniformemente incluso de aquellas copias en las que se omite el séptimo verso. Como al Padre se le permite en todas las manos ser una persona Divina, lo que sea que pruebe la Divinidad y la personalidad del Hijo demuestra una pluralidad de personas Divinas en la Divinidad. No necesito aducir las evidencias de esta verdad; Las Sagradas Escrituras están llenas de ellas. Las perfecciones divinas se le atribuyen ordinariamente, y la adoración divina se le paga, tanto por los ángeles como por los hombres. Si Jesucristo no es Dios, igual al Padre, el cristianismo debe haber tendido a establecer un sistema de idolatría, más peligroso, como más plausible que lo que vino a destruir. La unión de las naturalezas divina y humana, en la persona de Cristo, es un tema sobre el cual los escritores sagrados se deleitan en morar; y nosotros también, porque aquí está la gloria del evangelio. "A nosotros *nace un niño*; y su nombre se llamará *el Dios poderoso*". Nació en Belén; sin embargo, sus salidas fueron *desde la antigüedad*, desde la eternidad. "Fue hecho" de la simiente de David *según la carne* ", y" declaró para ser *el Hijo de Dios con poder*." "De quien *en cuanto a la carne* vino Cristo, que está, *sobre todo, Dios bendijo para siempre*. Amén." En su naturaleza original, se lo describe como incapaz de morir, y como tomando carne y sangre sobre él para calificarlo para soportarlo, Heb. 2:14. Él era el "*Hijo de Dios*", pero "*tocado con un sentimiento de nuestras enfermedades*;" "de David." Las Sagradas Escrituras ponen gran énfasis en lo que Cristo fue antecedente a su ascensión de la naturaleza humana, y del carácter oficial de un Mediador y Salvador". La

Palabra *estaba* con Dios, y la Palabra *era* Dios. El que *era rico* por nosotros se hizo pobre, para que nosotros, a través de su pobreza, pudiéramos ser ricos. ¿Quién es el brillo de su gloria y la imagen expresa? de su persona, y defender todas las cosas por la palabra de su poder, y ¿Quién, *estando* en la forma de Dios, pensó que no era un robo, "o usurpación", ser igual a Dios; ¿pero no se hizo famoso, y asumió la forma de un sirviente, y fue hecho a semejanza de los hombres? "Si la personalidad divina no es esencial para la Deidad, distinta de toda la capacidad del cargo, y antecedente a ella, ¿qué significado tiene? hay en este lenguaje? Una trinidad económica, o lo que no hubiera sido sino por la economía de la redención, no es la trinidad de las Escrituras. No es una trinidad de personas Divinas, sino meramente de oficios personificados; mientras que Cristo se distingue del Padre como la imagen o el carácter expreso de su persona, mientras aún se encuentra en su estado preencarnado. Las Sagradas Escrituras ponen gran énfasis en el carácter de Cristo como "el Hijo de Dios". Fue esto lo que formó el primer eslabón en la profesión cristiana, y se consideró que atraería toda la cadena de la verdad evangélica. "Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios". De esto surge el gran amor de Dios en el don de él: "Dios amó tanto al mundo como para dar a su *Hijo unigénito*", la condescendencia de su obediencia: "Aunque era un hijo, aprendió a obedecer", la eficacia de su sangre: "La sangre de Jesucristo *su Hijo* nos limpia de todo pecado" - la dignidad de su sacerdocio: tenemos un *gran* Sumo Sacerdote, Jesús el *Hijo de Dios*. La grandeza del pecado de la incredulidad: "El que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del *unigénito Hijo de Dios*". La grandeza del pecado de la apostasía: "Quien pisoteó el Hijo de Dios." La encarnación, resurrección y exaltación de Cristo lo declararon, pero no lo *constituyeron*, el Hijo de Dios; ni ninguno de sus oficios, a todos los cuales su filiación era antecedente. Dios *envió* a su Hijo al mundo. Esto implica que él era su Hijo antes de ser enviado, tanto como el hecho de que Cristo envió a sus discípulos implica que ellos fueron sus discípulos antes de que él los enviara. Lo mismo puede decirse del *Hijo de Dios hecho de una mujer, hecho bajo la ley*. Estos términos no expresan más lo que lo convirtió en un Hijo, como lo que se *hizo carne* expresa lo que le hizo la Palabra. El Hijo de Dios se *manifestó* para destruir las obras del diablo; Por lo tanto, debe haber sido el Hijo de Dios antecedente de su manifestación en la carne. Lo escuché afirmar que "La generación eterna es una tontería eterna". ¿Pero de dónde aparece esto? ¿Se deduce que, debido a que un hijo entre los hombres es inferior y posterior a su padre, por lo tanto, debe ser así con el Hijo de Dios? Si es así, ¿por qué su decir que Dios era su propio Padre debe considerarse como hacerse *igual*? ¿con Dios? Del Hijo unigénito no se dice que fue, o será, sino que está en el seno del Padre; denotando la eternidad e inmutabilidad de su personaje. Nunca hubo un punto de duración en el que Dios estuviera sin su Hijo: se *regocijó siempre delante de él*. Las afirmaciones audaces no deben colocarse en oposición a la verdad revelada. En el hecho de que Cristo sea llamado el Hijo de Dios, puede haber, para la ayuda de nuestras bajas concepciones, alguna referencia a la filiación entre los hombres; pero no es suficiente para justificarnos a razonar de uno a otro. Las Sagradas Escrituras a menudo atribuyen los milagros de Cristo, su sustento de la carga de sus sufrimientos y su resurrección de la muerte, al poder del Padre o del Espíritu Santo, en lugar de su propia Divinidad. He leído en escritos humanos: "Pero la Divinidad en su interior lo ayudó a soportar". Pero nunca me encontré con tal idea en las Sagradas Escrituras. Representan al Padre como *defensor* su criado, sus elegidos en quienes su alma se deleitaba; y como enviar a su ángel para fortalecerlo en el conflicto. Mientras actuaba como el sirviente del Padre, había una aptitud para que él fuera apoyado por él,

así como su ser en todas las cosas obedientes a su voluntad. Pero cuando el valor, la virtud, o se menciona la eficacia de lo que hizo y sufrió, nunca se les atribuye ni al Padre ni al Espíritu Santo, sino a sí mismo. Tal es la idea sugerida por esos pasajes citados. "¿Quién es el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, cuando no tenía *por sí mismo* la purificación de nuestros pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas?" "No sois redimidos por cosas corruptibles, sino por la preciosa sangre de Cristo". "La sangre de *Jesucristo, su Hijo*, nos limpia de todo pecado. "Mucho menos se dice en las Sagradas Escrituras sobre la Divinidad y la personalidad del Espíritu Santo, que en las del Hijo. El Espíritu Santo no habiéndose encarnado, podría ser menos necesario guardar sus honores., y para advertir a los hombres que no piensen mal de él. Todo juicio fue cometido con el Hijo, *porque él era el Hijo del hombre*. Sin embargo, se dice lo suficiente contra el dolor del Espíritu, la *blasfemia* contra él, la *mentira* contra él, *lo que, a pesar* de él, y *contaminando su templo*, para hacernos temblar. En la economía de la redención es el oficio del Espíritu Santo, no exhibirse, sino "tomar las cosas de Cristo y mostrárnoslas". Él es la gran fuente de todo lo bueno que hay en el mundo; pero, al producirlo, él mismo no aparece. No somos conscientes de sus influencias sino por sus efectos. Es un viento que sopla donde escucha: escuchamos el sonido y sentimos los efectos; pero no sé nada más de eso.

El Espíritu Santo no es el gran objeto de la exposición ministerial; pero Cristo, en su persona, trabajo y oficinas. Cuando Felipe bajó a Samaria, no fue para predicar a *Dios el Espíritu Santo* a ellos, sino a predicarles a Cristo. Mientras se hacía esto, el Espíritu Santo dio testimonio de la palabra de su gracia y la hizo efectiva. Cuanto más sensatos seamos, como ministros y cristianos, de nuestra total dependencia de las influencias del Espíritu Santo, mejor; pero si los hacemos el gran tema de nuestro ministerio, haremos lo que él mismo evita, y así contrarrestará sus operaciones. Los intentos de reducir el Espíritu Santo a una mera propiedad, o energía, de la Deidad, surgen de la misma fuente que los intentos de probar la inferioridad y posterioridad de Cristo como el Hijo de Dios; a saber, razonamiento de lo humano a lo divino. El Espíritu de Dios se compara con el espíritu del hombre; y como este último no es una persona distinguible del hombre, así, se ha dicho, el primero no puede ser una persona distinguible de Dios el Padre. Pero el diseño del apóstol, en 1 Co 2:11, no debía representar al Espíritu de Dios como un espíritu del hombre *con respecto a su subsistencia*, pero a su *conocimiento*; y es presuntuoso razonar sobre un tema que no podemos entender.

La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo, sean con usted y con su afectuoso hermano. AF

De Joseph Belcher, *The Complete Works of the Rev. Andrew Fuller*, Volumen I, 1845; rpt. 1988, 684-711.

\*\*\*\*\*

**Traducido por Miguel Rodriguez**

**Bautistas Reformados del Perú - BRP**

[www.bautistasreformadosdelperu.com](http://www.bautistasreformadosdelperu.com)